

# Memorias no vividas: debates teóricos en torno a la vinculación con el pasado no experimentado en contextos de movilización estudiantil

DÉBORA C. ESPINOSA MONTESINOS

El presente artículo revisa tres categorías que permiten pensar las formas de vinculación con el pasado cuando no media la experiencia directa: posmemoria, memoria prestada y memoria afirmativa. A partir de sus definiciones, contextos y críticas, se examinan sus alcances y limitaciones para comprender los modos en que ciertas colectividades, particularmente en contextos de movilizaciones estudiantiles, resignifican y activan referentes del pasado, asumiéndose y reivindicándose como herederas. Desde una concepción de la memoria como un proceso social, político y performativo, se reflexiona sobre formas no convencionales de recordar, que no se inscriben necesariamente en marcos familiares ni exclusivamente traumáticos. Con ello, se plantea un marco preliminar para analizar la articulación entre memoria y acción colectiva en experiencias.

**Palabras clave:**  
vinculación con el pasado; posmemoria; memoria prestada; memoria afirmativa

**Recepción:** 27/06/25

**Aceptación:** 23/09/25

## Unlived Memories: Theoretical Debates on the Connection with the Unexperienced Past in Contexts of Student Mobilization

### Abstract

This article reviews three categories that allow us to think about ways of connecting with the past when direct experience is not available: postmemory, borrowed memory, and affirmative memory. Based on their definitions, contexts, and critiques, their scope and limitations are examined in order to understand the ways in which certain communities, particularly in the context of student mobilizations, redefine and activate references to the past, assuming and claiming themselves as heirs. From a conception of memory as a social, political, and performative process, the article reflects on unconventional ways of remembering that do not necessarily fit into familiar or exclusively traumatic frameworks. In doing so, it proposes a preliminary framework for analyzing the articulation between memory and collective action in contemporary experiences.

**Keywords:** Connection with the Past; Postmemory; Borrowed Memory; Affirmative Memory

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)  
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.744>

Zicari, M. (2025). Memoria digital sobre Ayotzinapa: Tlatelolco y la escritura de la narrativa del pasado reciente. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24), 69-89.



# Memorias no vividas: debates teóricos en torno a la vinculación con el pasado no experimentado en contextos de movilización estudiantil

DÉBORA C. ESPINOSA MONTESINOS\*

## Introducción

En las últimas décadas, los estudios sobre la memoria se han consolidado como un campo interdisciplinario que busca comprender las diversas formas en que se dan sentidos al pasado. Una de las preguntas que atraviesa este campo, especialmente en contextos postraumáticos, gira en torno a cómo se recuerda aquello que no se vivió. Este cuestionamiento ha dado lugar a diversas propuestas conceptuales que intentan nombrar y analizar los modos de apropiación, reivindicación y resignificación del pasado por parte de segundas y terceras generaciones, cuyas experiencias no están ancladas en la vivencia directa, pero sí en la transmisión, resignificación y uso de memorias heredadas o afectivas.

Si bien estos debates han tenido un desarrollo significativo en relación con los procesos de violencia política y dictaduras en América Latina y otras regiones, poco se ha explorado su pertinencia para comprender otros fenómenos contemporáneos, como las movilizaciones estudiantiles. A lo largo del siglo XXI, en toda la región se han generado diferentes movimientos y movilizaciones estudiantiles por diversas causas, contextos, desarrollos, tipos de participación y desenlaces. No obstante, identificamos como constante la recuperación de ciertos pasados, asumirse como *herederos* de estos y reconocerse como parte de un relato genealógico. A primera instancia, esto podría ser parte de una consigna política, pero puede ser analizado desde el campo de estudio sobre la memoria social.

En particular, interesa indagar cómo en las movilizaciones estudiantiles se establecen vínculos con pasados no vividos –como movilizaciones anteriores, represiones estatales o figuras que consideran referentes– y se incorporan en sus prácticas, discursos e identidades. Esto plantea interrogantes centrales para los estudios sobre la memoria social: ¿puede hablarse de memoria cuando no hay experiencia directa? ¿Qué formas adopta la memoria en contextos no familiares ni exclusivamente traumáticos? ¿Qué implicaciones tiene esto para la construcción de subjetividades políticas?

.....  
\*Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra en Sociología Política por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Actualmente, doctoranda en Historia Moderna y Contemporánea en la misma institución. Contacto: [deemontesinos@gmail.com](mailto:deemontesinos@gmail.com) El presente artículo recoge avances de las reflexiones teórico-analíticas desarrolladas en el marco de la investigación doctoral actualmente en curso en el Programa de Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora.

Proponemos que en las movilizaciones estudiantiles contemporáneas – aunque no es algo exclusivo de estas– se configuran vínculos con el pasado a través de distintos usos de la memoria. En este trabajo nos referimos particularmente a las movilizaciones estudiantiles de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Ciudad de México durante el siglo XXI, en las cuales es posible identificar cómo se retoman repertorios de acción, representaciones visuales, demandas y consignas de diversas movilizaciones previas, que tienden a estar relacionadas con experiencias de represión.<sup>1</sup>

Analizar estos procesos implica reconocer que la memoria no es solo evocación del pasado, sino un proceso social y político que se activa, transforma y disputa en contextos específicos. Más allá de las diferencias temporales o contextuales entre experiencias de movilización, es posible observar cómo los y las estudiantes recurren al pasado como un recurso para dotar de sentido sus acciones: aludiendo a movilizaciones anteriores, reapropiándose de símbolos o inscribiéndose en una tradición de lucha.

Estos usos de la memoria –a través de diferentes representaciones como consignas, imágenes, discursos y testimonios– permiten rastrear procesos de identificación, construcción de genealogías políticas y sentidos de pertenencia que trascienden el momento de la movilización. Por lo tanto, el objetivo no es determinar si existe una continuidad real o una herencia directa, sino analizar cómo los y las estudiantes activan determinados referentes del pasado, los resignifican y los convierten en herramientas para legitimar, articular y proyectar sus luchas en el presente.

Ahora bien, de acuerdo con Nora Rabotnikof, las formas de pensar y nombrar las vinculaciones intergeneracionales con el pasado en contextos de movilizaciones donde se reivindican como familiares o descendientes de generaciones anteriores, son aún incipientes (Rabotnikof, 2013). Con base en dicha problemática, el objetivo del presente texto es realizar una revisión teórico-analítica de tres propuestas que abordan la relación con el pasado desde la perspectiva de la no vivencia directa: la posmemoria, la memoria prestada y la memoria afirmativa. A partir de una lectura de estas categorías, se examinan sus alcances y limitaciones para pensar los usos sociales de la memoria en contextos de movilización estudiantil.<sup>2</sup>

Es importante aclarar que en este artículo no se pretende ofrecer un análisis de los movimientos estudiantiles, sino que nos interesa discutir desde

1 No obstante, cabe señalar que este no es un fenómeno restringido a la UNAM ni a la Ciudad de México. Un ejemplo significativo es el caso de la desaparición de los cuarenta y tres normalistas de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa en 2014. Por un lado, porque los normalistas se dirigían a una marcha conmemorativa del 2 de octubre de ese año. Según Santiago (2021), tanto el acto conmemorativo, entendido como un “depósito de experiencia”, como la violencia generan vínculos entre ambas experiencias. Por otro lado, este caso ha sido reivindicado y resignificado en diversas movilizaciones posteriores a lo largo del país.

2 Asimismo, se propone un diálogo con los estudios sobre movimientos sociales, en particular aquellos que ponen énfasis en la construcción de identidades colectivas, puesto que consideramos que la memoria puede tener un papel relevante en este proceso.

una perspectiva teórica cómo abordar las formas en las que ciertos sentidos del pasado se activan en contextos de movilización y de protesta. El énfasis está en problematizar las categorías conceptuales que permiten pensar las memorias no vividas como dimensión constitutiva de la acción colectiva. Por ello, el corpus revisado se centra en obras de reflexión teórica y conceptual sobre la memoria social, y no en estudios empíricos sobre movilizaciones estudiantiles.<sup>3</sup>

Este ejercicio tiene un carácter exploratorio y busca contribuir al campo de los estudios sobre memoria social al problematizar formas no convencionales de recordar, más allá de la transmisión generacional familiar o los marcos del trauma. En este sentido, el artículo se inscribe en la línea de investigación que aborda la memoria como práctica social y performativa,<sup>4</sup> y propone líneas para su ampliación teórica en relación con las movilizaciones estudiantiles contemporáneas.

Este artículo se organiza en tres apartados principales. En el primero, se revisan los principales aportes de los estudios sobre la memoria, con énfasis en las aproximaciones conceptuales al vínculo con un pasado no vivido, particularmente a través de las nociones de posmemoria y memoria prestada. En el segundo apartado se abordan los cruces entre memoria y movilización social, con la intención de recuperar perspectivas que nos permitan situar a la memoria como un componente constitutivo en la construcción de la acción colectiva; por ello, prestamos atención al concepto de memoria afirmativa. Finalmente, en las consideraciones finales se presentan algunas ideas para retomar las categorías analizadas respecto a las movilizaciones estudiantiles.

### **Los estudios de la memoria y aproximaciones conceptuales a las formas de nombrar la vinculación con el pasado no vivido**

Desde la década de 1970, los estudios sobre la memoria han experimentado un desarrollo significativo, impulsado por lo que diversos autores han denominado una “emergencia de la memoria” (Villa, Avendaño y Agudelo, 2018). Este giro ha estado vinculado a la necesidad de elaborar social y políticamente los traumas del siglo XX –como el Holocausto, las dictaduras militares en América Latina o los conflictos armados internos–, así como a la crisis de los grandes relatos históricos y a la valorización de la experiencia subjetiva. En este contexto, la memoria ha dejado de entenderse como una capacidad individual para recordar, para ser pensada como un fenómeno

3 En el caso mexicano, existen investigaciones que abordan como problema la construcción de memoria en ciertos movimientos estudiantiles. Uno de los casos más estudiados es el movimiento estudiantil de 1968 en la UNAM, como muestran los trabajos de Eugenia Allier (Allier, 2021, 68: *el movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presente*, IIS/UNAM-Bonilla Artiga Editores). No obstante, estas investigaciones no se centran en las formas en que los y las estudiantes retoman y resignifican distintos pasados en sus prácticas políticas.

4 De acuerdo con Franco y Levin, la noción de memoria permite articular lo íntimo y lo colectivo, en tanto que los relatos colectivos influyen en lo individual y cumplen una “función preformativa” en la configuración de los recuerdos de los sujetos (2007, p. 40).

social, político y cultural que participa activamente en la construcción de significados sobre el pasado desde el presente.

Una de las principales tareas en este desarrollo ha sido adjetivar el término “memoria”, dando lugar a categorías como memoria social, memoria cultural, memoria colectiva, entre otras.<sup>5</sup> Esta diversificación responde tanto a debates teóricos como a necesidades empíricas para abordar distintas formas de producción, transmisión y usos del pasado en diversos contextos sociopolíticos.

Elizabeth Jelin, una de las principales referentes en este rubro, subraya que las memorias deben pensarse en plural, como expresiones diversas y conflictivas que articulan la experiencia del pasado con el presente. Desde su perspectiva, la memoria es una construcción social que implica disputas por el sentido del pasado y por su lugar en la vida pública. Lejos de ser solo un sinónimo del recuerdo, la memoria es, en palabras de la autora, “la capacidad o facultad de recordar, de tener presente algo ligado al pasado” (Jelin, 2018b, p. 271). En este sentido, para la autora, la dimensión política de la memoria es central, pues en la *construcción de un sentido* sobre el pasado influyen relaciones de poder, marcos institucionales, lenguajes disponibles y condiciones de posibilidad para hacer escuchar determinadas narrativas sobre el pasado.<sup>6</sup>

Uno de los debates centrales en este campo se refiere a la tensión entre el carácter fenomenológico e individual de la memoria y su dimensión colectiva y social. El sociólogo Maurice Halbwachs fue uno de los primeros en proponer que la memoria podía y debía analizarse como un fenómeno social, al mostrar que los recuerdos individuales están siempre mediados por los marcos sociales en los que se insertan. Sus obras *Los marcos sociales de la memoria* y *La memoria colectiva* sentaron las bases para pensar en cómo los grupos sociales –y no solo los individuos– recuerdan (Colacrai, 2010). Es importante mencionar que Halbwachs no concibió la memoria colectiva ni a la sociedad como un ente abstracto, sino como algo delimitado en el tiempo y en el espacio, por lo que los recuerdos están condicionados por relaciones sociales, normas y expectativas colectivas.

En contraposición a esta mirada, otros autores –como Paul Ricoeur– han insistido en la dimensión fenomenológica de la memoria, explorando su relación con el tiempo, el relato y la identidad personal (Ricoeur, 2010). Según Ricoeur, una de las principales limitaciones en la obra de Halbwachs fue no haber considerado el papel que juega la memoria individual en el acto de recordar. Aunque el filósofo francés reconoció que el recuerdo no ocurre de forma aislada –y coincidía en la existencia de marcos sociales como los

5 Asimismo, se busca diferenciar entre el uso del término “memoria” para señalar un conjunto de representaciones, procesos o contenidos.

6 Para abordar las memorias, sus trabajos y procesos, Jelin propone “entender las memorias como procesos subjetivos ancladas a experiencias y marcos simbólicos y materiales”, “reconocer las memorias como objetos de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes” y “‘historizar’ las memorias: reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado (...)” (Jelin, 2021, p. 24).

propuestos por Halbwachs-, subrayó que estos no pueden entenderse como elementos puramente objetivos (Ricoeur, 2010, p. 160). Así que planteó que “(...) cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que yo ocupo y que este lugar mismo cambia según las relaciones que mantengo con otros medios” (Ricoeur, 2010, p. 162).

Esta tensión de perspectivas ha derivado en un amplio abanico de conceptualizaciones, entre las cuales destacan dos que han adquirido gran relevancia, y que son de interés para la presente propuesta: memoria social y memoria cultural. El concepto de “memoria social” fue introducido inicialmente por el psicólogo Frederic Bartlett en 1932 para enfatizar cómo la memoria cumple un papel en las relaciones sociales (Vázquez, 2018, pp. 303-305). Posteriormente, en consonancia con las reflexiones de Halbwachs, se utilizó para describir los procesos sociohistóricos que generan la memoria y para explicar las transformaciones que puede tener tanto en su construcción como en diferentes contextos (Vázquez, 2018). En este sentido, el enfoque de la memoria social no se limita a considerar la acumulación de recuerdos, sino que es entendida como una práctica social situada, que conjuga procesos sociales, políticos y culturales que incluyen las memorias compartidas.

Asimismo, Jelin, al preguntarse cómo construimos la memoria social, apunta que la memoria surge cuando la cotidianidad se rompe por un evento que desestructura la experiencia. En ese momento, lo “memorable” se traduce a una forma narrativa que puede convertirse en algo comunicable (Jelin, 2018a). Por ello, la memoria, contrario a ser el pasado en sí, es cómo los sujetos construyen sentido del pasado. En este sentido, la autora enfatiza los cambios en el sentido otorgado al pasado, puesto que muestran cómo es elaborado por actores sociales en escenarios de tensión y disputa por otras interpretaciones.

Desde esta perspectiva, la memoria social se configura como el proceso en el que individuos y grupos, aun sin haber vivido directamente ciertos hechos, reconstruyen narrativas, disputan sentidos y actualizan huellas de distinta índole. Respecto a esto, Jelin (2018a) presta atención a los mecanismos de transmisión intergeneracional de las memorias sociales, específicamente ligadas a eventos violentos, señalando la función pedagógica de la memoria.

Por otro lado, Jan Assmann popularizó en la década de los ochenta el término “memoria cultural” para diferenciarla de la denominada “memoria comunicativa”, la cual era considerada una de las formas en las que se expresa la memoria colectiva (Seydel, 2014). Para este autor, la memoria cultural refería a los mecanismos simbólicos y culturales que permitían la preservación y transmisión de cierto pasado significativo, mientras que la memoria comunicativa atendía a la transmisión oral y el contacto interpersonal. Por ello, propuso que la memoria cultural articulaba tres esferas: la personal, la social y la cultural, distinguiendo entre la experiencia vivida y la representación cultural (Santamarina, 2018a).

No obstante, esta propuesta ha sido debatida y matizada por autores y autoras como Astrid Erll, quien cuestionó la separación tajante entre lo comunicativo y lo cultural, ya que considera que el discurso oral también es una práctica cultural (Santamarina, 2018a). Tomando en cuenta ambas perspectivas, se considera que la memoria cultural permite señalar el carácter mediado de las memorias, haciendo énfasis en los actos de comunicación y en lo performativo de las prácticas memoriales.<sup>7</sup> Los procesos de recordar no son simples reflejos de un pasado vivido, sino formas activas de darle sentido, organizadas por marcos culturales, condiciones materiales y relaciones de poder.

Ambas perspectivas permiten repensar las distintas dimensiones que intervienen en la construcción de la memoria, entre ellas la transmisión intergeneracional de los sentidos atribuidos al pasado. Es precisamente en este terreno donde las categorías analíticas comienzan a volverse difusas, ya que implican temporalidades sociales, cohortes generacionales, tradiciones, costumbres y dinámicas sociales cuya delimitación no siempre es clara ni estable (Jelin, 2021). Al considerar esta dimensión, Jelin se pregunta: “¿Se trata de una ‘re-presentación’ del pasado o de otros procesos de aprehensión de la experiencia?” (Jelin, 2021, p. 137), lo que abre la discusión hacia formas de memorias que no remiten a la vivencia directa, sino a procesos complejos de apropiación y resignificación. Estos pueden reflejar usos de la memoria, lecciones de aprendizaje, ritos que dan tradición, o mecanismos de reproducción social y cultural.

En este marco, surgen nuevas preguntas teóricas: ¿cómo nombrar aquellos procesos en los que no hay experiencia vivida, pero sí una vinculación simbólica o afectiva con el pasado? ¿Qué ocurre cuando los sujetos se identifican con memorias heredadas, transmitidas o construidas, sin haberlas experimentado directamente? ¿Podemos caracterizar como un proceso de memoria la vinculación que se hace con el pasado sin que esta involucre haberlo vivido? ¿Puede hablarse, en estos casos, de procesos de memoria social, o es necesario desarrollar otras categorías?

Estas preguntas han sido abordadas, principalmente, en contextos de violencia, trauma y transmisión generacional, especialmente en relación con el Holocausto y las dictaduras latinoamericanas. En este ámbito, han emergido dos categorías que buscan nombrar los procesos de apropiación y resignificación del pasado por parte de quienes no lo vivieron, pero son segundas o tercera generaciones: la posmemoria y la memoria prestada o préstamos de la memoria. Ambas serán desarrolladas en los apartados siguientes, con el fin de explorar sus alcances analíticos para pensar las formas de vinculación con el pasado que se manifiestan en las movilizaciones sociales contemporáneas, en particular aquellas protagonizadas por jóvenes y estudiantes.

<sup>7</sup> En este sentido, es importante señalar que el concepto “memoria cultural” se ha utilizado para analizar culturas memoriales, lugares de memoria, memoriales, así como procesos de materialización de la memoria.

## Sobre la posmemoria

Una de las categorías que destacan para pensar los vínculos con pasados no vividos es la de posmemoria, propuesta por la investigadora literaria Marianne Hirsch a principios de la década de 1990, en el contexto de los estudios sobre la memoria del Holocausto (Santamaría, 2018b). En términos generales, la posmemoria se refiere a la memoria de otras memorias, o a la relación que las segundas y tercera generaciones establecen con acontecimientos traumáticos colectivos vividos por sus antecesores. Esta relación no se basa en la experiencia directa, sino en la transmisión mediada por relatos, imágenes, representaciones audiovisuales, documentos y silencios que, a pesar de su lejanía temporal, generan un lazo emocional y afectivo profundo (Rabotnikof, 2013).

Hirsch definió la posmemoria como una estructura de transmisión intergeneracional del trauma, atravesada por vínculos afectivos y familiares,<sup>8</sup> en la que el recuerdo no vivido se torna significativo a través de narrativas heredadas. Se trata, en esencia, de una memoria de la memoria: una forma de recuerdo vicario en la que no se rememoran hechos directamente vividos, sino historias construidas, transmitidas y reapropiadas a lo largo del tiempo.<sup>9</sup> Junto con esta característica vicaria, se le atribuyen otras dimensiones fundamentales: el carácter afectivo y moral intensificado, que hace de la posmemoria un componente relevante en la construcción identitaria, y su condición hipermediada, pues los recuerdos llegan a través de diversos dispositivos. (Rabotnikof, 2013).

Asimismo, de acuerdo con Rabotnikof, lo que actúa como detonante en la construcción de la posmemoria no es el recuerdo directo ni necesariamente el trauma, sino la imaginación y la voluntad de creación (2013, p. 190). Desde esta perspectiva, las prácticas memoriales se orientan hacia la construcción de una identidad anclada en duelos irresueltos, ausencias y vacíos, y no en aquello que la generación que vivió el trauma haya transmitido explícitamente a sus hijos o nietos.

Por su parte, el especialista en Estudios Judaicos James E. Young retomó el concepto de posmemoria en obras como *At Memory's Edge*, desde una perspectiva centrada en la representación estética, proponiendo que existe una estética de la memoria que contiene un modelo o una forma de expresión de *la historia recibida*, que implica un híbrido narrativo que entrelaza acontecimientos y la forma en la que estos fueron transmitidos (Rabotnikof, 2013). Desde este enfoque, la posmemoria no remite tanto a una relación emocional con los antecesores como a las formas narrativas, visuales o culturales mediante las cuales ese pasado ha sido representado, interpretado,

8 Aunado a esto, plantea dos tipos de posmemoria, la familiar y la afiliativa.

9 De acuerdo con Quílez, después de que Hirsch profundizó en el significado del término, varios teóricos del estudio del Holocausto rebautizaron este concepto por diversos nombres como “memoria agujereada”, “memoria heredada”, “memoria vicaria”, “memoria tardía” o “memoria protestica” (2014, p. 62).

transmitido u ocluido. Young subraya el carácter híbrido de estas narraciones, en las que se entrelazan relatos familiares biográficamente relevantes, testimonios ajenos, silencios compartidos, construcciones historiográficas y productos mediáticos, lo que refuerza el carácter múltiple, fragmentario y mediado del recuerdo.

En la última década, la posmemoria ha sido recuperada y reformulada tanto como categoría analítica como forma específica de representación del pasado, lo cual se ha visto enmarcado en un renovado interés por estudiar y comprender las nuevas formas de apelar al pasado que no se vivió. Esta relectura se inscribe en un contexto más amplio caracterizado por lo que algunos autores han denominado una “época de la conmemoración” y una “época de la nostalgia” (Quílez, 2014).

Pese a la potencia analítica, la categoría de posmemoria ha sido objeto de diversas críticas. Como primera limitación, podemos señalar que es un concepto pensado para analizar experiencias particulares, en específico, de segundas y terceras generaciones de quienes vivieron el Holocausto, por lo que podríamos cuestionar si es operativo para abordar otros contextos y vivencias. No obstante, una de las principales objeciones apunta a la rigidez de la distinción entre memoria y posmemoria, como si se tratara de fenómenos radicalmente distintos (Violi, 2020), cuando en muchos casos comparten dinámicas, marcos y formas de expresión. Otra crítica relevante proviene de Beatriz Sarlo, quien cuestiona el énfasis excesivo en la dimensión subjetiva y moral del concepto, así como el riesgo de convertir la experiencia del otro en un relato biográfico centrado en un yo (Sarlo, 2013). La autora señala que la posmemoria puede promover una relación narcisista con el pasado –tanto en su transmisión como en la recepción de determinado relato–, en la medida en que se recuerda solo desde el impacto personal, sin considerar sus mediaciones históricas, políticas o colectivas.

A pesar de estas críticas, la posmemoria nos permite reflexionar sobre las formas de apropiación del pasado por parte de quienes no lo vivieron, especialmente cuando se analiza la circulación de imágenes, símbolos y narrativas en contextos donde el trauma ha dejado huellas culturales persistentes. En el marco de este artículo, consideramos que podría ayudar a pensar procesos en los que sujetos –particularmente las juventudes– se vinculan con memorias colectivas de lucha, represión o resistencia, aunque no hayan sido testigos directos de los acontecimientos originales ni descendientes de quienes vivieron las experiencias con las que se vinculan. Estas reflexiones cobran sentido en casos como las movilizaciones estudiantiles contemporáneas de la UNAM, donde las y los estudiantes recurren a referentes previos para dotar de significados colectivos tanto al pasado como al presente. Como ejemplo de ello, podemos pensar en las consignas en donde se enuncian “nietos del 68, hijos del 99 y hermanos de Ayotzinapa” o la forma en que se reconocen como herederos de una tradición histórica de lucha estudiantil.

## **Sobre la memoria prestada o préstamos de la memoria**

A pesar de que podrían parecer sinónimos, posmemoria y memoria prestada o préstamos de la memoria remiten a procesos diferentes tanto en sus fundamentos como en sus usos analíticos. Si bien ambas categorías comparten el interés por pensar formas de vinculación con el pasado en ausencia de experiencia directa, la memoria prestada subraya la ausencia total y radical de una relación intergeneracional vivida y se articula más con la reconstrucción identitaria a partir del vacío.

Aunque de manera incipiente y sin mayor elaboración, la idea de que en la memoria colectiva se reflejaban memorias prestadas aparece desde las obras de Halbwachs, pues refirió a las posibilidades de que las personas recordaran vivencias a través de la apropiación de los marcos sociales de la memoria. No obstante, con el paso del tiempo, el término comenzó a relacionarse con los estudios sobre los lugares de memoria, al identificar cómo la materialidad –como la construcción de monumentos, placas, archivos, fotografías, entre otros– condensa sentidos del pasado que pueden ser asumidos, reinterpretados o apropiados por personas sin vínculo biográfico directo con los acontecimientos rememorados y que en estos espacios es donde se podían observar dichos “préstamos” (Gensburger, 2008). En este sentido, los préstamos de memoria no remiten, necesariamente, a una vinculación familiar o afectiva, sino a una operación de acceso simbólico y estético al pasado a través de sus huellas materiales y culturales.

En el contexto latinoamericano, y particularmente en el Cono Sur, el término “memoria prestada” se ha relacionado con los efectos de las dictaduras militares y las desapariciones forzadas, pues se ha usado para señalar el vacío de recuerdos y experiencias compartidas con una generación que se encuentra desaparecida, particularmente promovida por familiares de las víctimas. Es decir, de acuerdo con Guardia (2024), se ha utilizado para describir los modos en que familiares de víctimas –muchas veces hijos e hijas de desaparecidos– intentan reconstruir una historia personal y colectiva a partir de la falta absoluta de recuerdos compartidos. A diferencia de la posmemoria, que ahonda en un “hilo invisible” que conecta a las y los descendientes con quienes sufrieron un evento traumático, la memoria prestada atiende a una búsqueda de sentido en medio de la discontinuidad generacional. Se vuelve así una herramienta para llenar el vacío dejado por la desaparición y para recomponer la identidad de sujetos que nunca convivieron con aquellos que “recuerdan” (Guardia, 2024).

Asimismo, encontramos que la memoria prestada se construye muchas veces desde lo público, lo institucional o lo artístico, a través del uso de archivos, testimonios de terceros, museos, memoriales o intervenciones estéticas. Esta característica ha hecho que el término cobre especial relevancia en campos como la filosofía, los estudios de comunicación visual y las ciencias sociales, donde se analiza cómo la apropiación de ciertos elementos materiales o simbólicos del pasado habilita procesos de subjetivación, de-

nuncia o resistencia. En las investigaciones que han trabajado esta categoría, encontramos una tríada analítica: préstamos de la memoria, un evento violento o traumático y el uso de una estética (ya sea visual, audiovisual o monumental).<sup>10</sup>

Aunque la memoria prestada no ha sido desarrollada a profundidad, ofrece una perspectiva valiosa para pensar los modos en que ciertos sujetos o colectivos se vinculan con pasados que no les son propios por herencia o transmisión directa, sino por elección, ya sea política, afectiva o simbólica. Este enfoque resulta particularmente útil para analizar cómo se construyen sentidos sobre el pasado desde generaciones o actores –ya sea desde un marco familiar o fuera de este– que reivindican o resignifican memorias ajenas como parte de su experiencia presente.

Consideramos que recuperar esta categoría puede abrir vías para pensar los modos en que jóvenes o estudiantes actualizan memorias de luchas, resistencias o violencias pasadas, no desde la vivencia directa ni desde la transmisión familiar, sino desde las representaciones del pasado, es decir, de la apropiación de elementos visuales, narrativos o simbólicos que circulan en el espacio público. Bajo esta perspectiva, es posible problematizar, por ejemplo, la reutilización de la gráfica del movimiento estudiantil de 1968 en movilizaciones posteriores; la resignificación de fotografías en distintos contextos de movilización; la recuperación de consignas previas; o incluso la reiteración de formas organizativas y rutas de marchas que, en las movilizaciones estudiantiles recientes de la UNAM, reaparecen como referencias constantes.

### **Puentes entre las memorias y los movimientos sociales**

En la literatura sobre los movimientos sociales se han desarrollado múltiples herramientas teóricas para definir, construir y analizar los diferentes objetos de estudio que emergen al momento de acercarse a este tipo de fenómenos sociales. A pesar de esta diversidad, en el presente artículo seguimos la clasificación entre las llamadas escuelas “de la identidad” y “de las estrategias” (Retamozo, 2010), que, si bien no son excluyentes entre sí, ofrecen perspectivas distintas sobre los elementos que configuran un movimiento social.<sup>11</sup>

---

10 Por ejemplo, en su tesis doctoral en Filosofía, Angelica García (2017) aborda la relación entre la memoria, los movimientos estudiantiles y la represión gubernamental en los casos del movimiento estudiantil en México en 1968 y en España durante el Franquismo. Propone que, a través de las novelas, películas y otros objetos visuales, como las fotografías producidas durante el siglo XXI, se crea una estética que define como “préstamos de memoria”. Esta estética híbrida incorpora diversos materiales de archivo y, a través de la elaboración de ficciones, se reconstruyen discursos que rodean dichos eventos. Con base en esta propuesta, apunta que se establece distancia de las nociones de trauma, incorporando nuevas generaciones de estudiantes en el acto de recordar.

11 Las teorías sobre los movimientos sociales han sido ampliamente desarrolladas; existen diferentes perspectivas, escuelas, autores y propuestas para conceptualizar dichos fenómenos sociales (Oviedo, 2009). Consideramos que estos exceden a la presente reflexión. No obstante, podemos retomar algunas líneas para concentrarnos directamente en los puentes con la memoria y sus usos.

La escuela de la identidad postula que,<sup>12</sup> para la existencia de un movimiento social, es necesario el proceso de construcción de identidad, un conflicto (es decir, el reconocimiento de un adversario) y una disputa por el control del sentido de la realidad social. Este enfoque pone énfasis en las dinámicas internas del movimiento: las subjetividades colectivas y la construcción de demandas que se articulan en torno a una causa común, así como la forma en que estas se ven reflejadas en los modos de acción colectivos y en los tipos de protesta; por tal motivo, los referentes simbólicos y las tradiciones políticas adquieran relevancia al partir de esta perspectiva (Retamozo, 2010).

Por su parte, la escuela de la estrategia se enfoca en la conjunción de factores internos (recursos, organización, tiempos) con oportunidades externas que habilitan la acción colectiva.<sup>13</sup> Desde esta visión, los movimientos sociales se comprenden como resultados de procesos racionales de toma de decisiones. Esta corriente busca articular la dimensión estructural con la acción, es decir, cómo las condiciones objetivas se traducen en formas de protesta y organización (Retamozo, 2010).

En el cruce de ambas escuelas, podemos situar los debates sobre los movimientos estudiantiles, que de acuerdo con Denis Cejudo poseen algunas especificidades. La autora define movimiento estudiantil como:

- a) un actor colectivo, producto de una contienda política, conformado por estudiantes (o sujetos identificados como estudiantes) con referentes identitarios comunes ligados a una institución educativa. b) Su forma de organización es estructurada y solidaria en torno a c) objetivos inmediatos ubicados en términos de lo institucional o extra institucional, pero tienen la d) aspiración de modificar o construir sociedad partiendo de comprender a e) la educación como una condición para ello, aunque su definición varíe. f) Para lograr sus objetivos desarrollan estrategias, junto a sus aliados naturales o estratégicos, y g) producen repertorios de acción específicos y variables durante la contienda, atendiendo a sus tradiciones políticas históricas, h) frente a uno o varios oponentes, entre los que generalmente están representantes institucionales o estatales (Cejudo, 2019, p. 142).

Esta definición permite observar que los movimientos estudiantiles no solo responden a demandas sectoriales, sino que se constituyen como actores con capacidad para disputar sentidos más amplios sobre el presente y el futuro. Asimismo, retomando los puentes entre la escuela de la “identidad” y de la “estrategia”, podemos señalar que, al momento de acercarnos a los movimientos y movilizaciones sociales, la identificación del proceso de construcción de un actor colectivo resulta central, pues así podemos problematizar tanto procesos identitarios y tradiciones políticas como repertorios de acción, estrategias y construcción de un oponente. En dichos rubros, la memoria puede ser un elemento constitutivo, ya sea como recurso simbó-

12 En esta escuela podemos incluir los trabajos de Alessandro Pizzorno, Alberto Melucci y, en menor medida, las propuestas de Alain Touraine.

13 En esta perspectiva podemos identificar los trabajos de Doug McAdam, John McCarthy, Mayer Zald y Sidney Tarrow.

lico, como elemento identitario o como dispositivo de legitimación de la acción.

Retomando las propuestas de la investigadora Edith Kuri, la memoria puede entenderse como una “edificación social, simbólica, histórica y cultural” que se construye en el espacio y en el tiempo (Kuri, 2018, p. 29). Esta perspectiva permite reconocer que la memoria también opera en niveles simbólicos que se relacionan con elementos identitarios. Kuri destaca cómo las dinámicas de configuración memorística están atravesadas por el poder político, ya que la memoria, en muchos casos, constituye una condición de posibilidad para que los sujetos construyan e interpreten sus realidades sociopolíticas.

En este sentido, Kuri desarrolla que la dimensión política de la memoria puede manifestarse en diversos niveles y propone una división analítica: a) tanto la memoria colectiva como el olvido son instrumentos de poder puesto que son fuentes de legitimidad y credibilidad; por ello, son disputados por diversos actores; b) la memoria colectiva es plural y un proceso abierto a las “(re)interpretaciones sociales y políticas”; c) ya que la memoria es una fuente de sentido, la memoria ha alimentado varios movimientos sociales de distinta índole, mostrando la forma en la que puede orientar acciones y prácticas tanto sociales como políticas; d) la memoria puede ser un campo de confrontación entre diferentes agentes e instituciones; e) las características políticas de la memoria se cristalizan en el espacio público; f) la memoria puede relevar la compleja y variable relación Estado-sociedad; g) la memoria cuenta con una dimensión axiológica (Kuri, 2018, pp. 29-30).

Tomando en cuenta la propuesta de Kuri y para repensar los vínculos con el pasado en las movilizaciones estudiantiles, podemos concentrarnos, principalmente, en los primeros tres puntos, ya que apelan a las razones por las que podemos encontrar relación entre la memoria y las movilizaciones sociales de diversos tipos. En primer lugar, porque la disputa por el sentido del pasado, al ser una fuente de legitimidad, se vuelve un recurso político fundamental en contextos de protesta. En segundo lugar, porque la memoria como proceso abierto y plural permite apuntar que distintas generaciones resignifican hechos históricos desde nuevas coordenadas sociopolíticas. Y, en tercer lugar, porque al ser una fuente de sentido, la memoria puede orientar prácticas colectivas, que otorgan profundidad simbólica a las demandas, acciones y repertorios de los movimientos estudiantiles.

Si bien Kuri reflexiona sobre los usos de la memoria en relación con el poder político, no profundiza específicamente en las memorias no vividas ni en los modos de vinculación con el pasado. No obstante, retoma la distinción propuesta por Nora Rabotnikof entre memorias de la política y políticas de la memoria. Mientras que las segundas apuntan a las distintas formas de gestionar el pasado, las primeras se refieren a las narrativas construidas por quienes vivieron determinados acontecimientos, que articulan pasado, presente y futuro. Esta noción, además, incorpora a quienes no fueron coetáneos de esos eventos, pero que, a través de diversos medios –como la

“memoria de otras memorias” –, también participan en la elaboración de esa narrativa (Kuri, 2018, p. 36).

En síntesis, si bien la relación entre memoria y movimientos sociales suele asumirse como un trasfondo implícito, profundizar en sus vínculos analíticos permite ampliar nuestra comprensión de los procesos políticos y simbólicos que atraviesan las movilizaciones. Las memorias, así como dotan de sentido al pasado, también configuran horizontes de expectativas, construyen identidades colectivas, legitiman demandas y orientan acciones. Pensar la memoria como un componente constitutivo –más allá de un uso instrumental o conmemorativo– posibilita abordar sus múltiples dimensiones: como recurso político, como narrativa identitaria y como práctica simbólica.<sup>14</sup> Desde esta perspectiva, resulta necesario interrogar también cómo abordar los casos de generaciones que no vivieron directamente los acontecimientos a los que aluden, pero que aun así se vinculan con ellos, los reinterpretan y los movilizan, como ocurre en diversas movilizaciones estudiantiles de la UNAM en el siglo XXI. Es precisamente en este cruce entre memoria, acción colectiva y subjetivación política donde adquiere relevancia la noción de “memoria afirmativa”, que en el siguiente apartado se propone como una herramienta analítica para explorar los usos del pasado y la memoria en contextos de movilización.

### **Sobre la memoria afirmativa**

Si partimos de que la memoria es un proceso socialmente construido que permite resignificar el pasado desde las necesidades del presente, ¿cómo se articula con las dinámicas propias de las movilizaciones estudiantiles? Para responder esta pregunta, podemos retomar el marco analítico propuesto por la socióloga Mónica Iglesias, en el que vincula la acción colectiva con la producción de memoria, a partir de la noción de “memoria afirmativa” (Iglesias, 2020).<sup>15</sup>

La autora busca analizar cómo la memoria colectiva condiciona las posibilidades de acción y, a su vez, cómo la acción colectiva produce nuevas memorias. Para ello, retoma dos conceptos centrales de la sociología de los movimientos sociales: los marcos de acción colectiva y los repertorios de acción.<sup>16</sup> Estos conceptos permiten entender cómo dentro de los movimientos

<sup>14</sup> Retomando la distinción propuesta por Franco y Levin (2007), es posible diferenciar entre una noción de memoria entendida en su dimensión epistémica y otra vinculada con la “anamnesis”. La primera señala objetos tanto individuales como colectivos, además de constituirse como un campo disciplinar específico de estudio; la segunda remite a un conjunto de ritos, creencias y normas que construyen identidad. En este marco, la memoria constitutiva, performativa y productora de narrativas que nombramos aquí se inscribe en la segunda acepción. De ahí la relevancia de atender cómo se constituye esa noción de “verdad”, con qué dialoga, frente a qué se posiciona, quién la enuncia y en qué momentos.

<sup>15</sup> Iglesias propone la categoría “memoria afirmativa” para hacer referencia a las formas en las que se usa el pasado para reforzar luchas presentes. En sus palabras, propone esta noción para “designar esa apropiación del pasado por parte de los sujetos, para nutrir y potenciar su acción política (Iglesias, 2023, p. 3)”.

<sup>16</sup> Iglesias busca establecer puentes entre la sociología de la memoria y la sociología de la acción

interpretan su realidad, seleccionan elementos del pasado que legitimen su causa y desarrollan formas específicas de movilización. Desde esta perspectiva, la memoria colectiva no solo condiciona las posibilidades de acción, sino que se convierte en parte activa de la contienda simbólica que caracteriza la movilización social.

Por ello, a través del término “memoria afirmativa”, refiere a las formas en las que ciertos movimientos construyen sentidos del pasado para reforzar su identidad, para construir memorias sociales antagonistas, cohesionar un grupo y para legitimar sus demandas. En este sentido, la memoria afirmativa no busca conmemorar, sino que es tanto producto como productora de subjetividades colectivas (Iglesias, 2020).

Asimismo, Iglesias señala que en los debates desde la sociología de la memoria sí ha habido conexiones con el giro culturalista de la acción colectiva y los movimientos sociales, –entendiéndolos como empresas simbólicas o de producción de sentidos–, perspectiva que pone en el centro los procesos de construcción de identidad. Sin embargo, es importante mencionar que, a pesar de que varias propuestas y perspectivas ponen énfasis en la construcción de la identidad colectiva al analizar la acción colectiva y los movimientos sociales, esto no se ha vinculado con la producción de memoria. Por ello, la propuesta de Iglesias resulta novedosa y relevante,<sup>17</sup> ya que apunta que en los movimientos sociales la memoria es constitutiva de los procesos de subjetivación, generando identificación y la construcción de un “nosotros”; también es producida por estos sujetos que reconstruyen y transmiten su memoria.

En síntesis, la propuesta de Iglesias resulta valiosa al tender un puente entre la sociología de los movimientos sociales y la sociología de la memoria, al proponer una mirada que reconoce a la memoria no solo como un medio de legitimación, sino también como una dimensión constitutiva en la producción de subjetividades colectivas. Consideramos que pensar la memoria como producto y productora dentro de las dinámicas de las movilizaciones estudiantiles puede permitir crear una relación con lo mencionado en los apartados anteriores sobre cómo se articulan sentidos del pasado en función de necesidades políticas y simbólicas del presente.

Si bien una de las limitaciones de la propuesta radica en concebir la memoria, principalmente, como repertorio de acción –lo cual puede restringir su alcance analítico, pues deja de lado los procesos más amplios y contradictorios de construcción y disputa por los sentidos del pasado–, su propuesta

---

colectiva para aproximarse al papel de la representación del pasado en la conformación de la subjetividad y, en particular, en las estrategias de movilización de los movimientos sociales.

17 Respecto a esto, encontramos propuestas metodológicas como la del historiador Álvaro Oviedo, quien denomina “Autoindagación en la memoria colectiva (AIMC)” a un enfoque cercano a las tradiciones antropológicas y etnográficas. Esta metodología consiste en trabajar con un grupo, ya sea una comunidad o un movimiento social, para indagar en su memoria colectiva, lo cual abre espacios para el intercambio de saberes y conocimientos (Oviedo, 2009). Si bien se trata de una propuesta valiosa para pensar el acercamiento y el trabajo con los actores sociales, consideramos que no apela a pensar cómo la memoria –no necesariamente de la experiencia vivida– puede convertirse en un eje fundamental en la construcción de subjetividades políticas y en la articulación de las luchas colectivas.

ofrece herramientas conceptuales útiles para vincular los debates sobre las formas de recordar sin experiencia directa con los procesos de movilización social. En particular, abre una vía para pensar cómo generaciones que no vivieron determinados acontecimientos históricos activan sentidos del pasado en sus prácticas políticas actuales, lo cual contribuye a trazar puentes entre las discusiones mencionadas anteriormente sobre la posmemoria, los préstamos de la memoria y la acción colectiva contemporánea.

### **Consideraciones finales**

La revisión de las categorías posmemoria, memoria prestada y memoria afirmativa, así como su articulación con los estudios sobre movimientos sociales, permite esbozar algunas reflexiones teórico-analíticas para el estudio de las formas de vinculación con el pasado en las movilizaciones estudiantiles. En primer lugar, es necesario reconocer que estas categorías surgen en contextos específicos y responden a problemas concretos, por lo que su aplicación a otros fenómenos puede representar diversas limitaciones. La posmemoria y los préstamos de la memoria, por ejemplo, fueron formulados principalmente para abordar la transmisión intergeneracional de memorias traumáticas en contextos familiares, por lo que presentan límites al analizar procesos que no tienen dichas características. La memoria afirmativa, por su parte, si bien permite pensar en la activación de memorias como parte de los movimientos sociales, corre el riesgo de reducir la memoria a un instrumento de la movilización, sin atender a los procesos más amplios de subjetivación y producción de sentido.

A pesar de sus límites, estas categorías ofrecen aportes valiosos para pensar en los modos en que las y los actores sociales se vinculan con pasados que no experimentaron. En los tres enfoques se reconoce el carácter dinámico, relacional y performativo de la memoria, así como su potencial para generar sentido en el presente. Particularmente en el caso de las movilizaciones estudiantiles, estas nociones permiten observar cómo determinados referentes del pasado –acontecimientos, figuras, consignas, símbolos o repertorios– son activados, apropiados y resignificados por nuevas generaciones de estudiantes. Lejos de tratarse de una herencia pasiva, esta vinculación puede evidenciar un trabajo activo de elaboración simbólica que contribuye a configurar narrativas identitarias, sentidos de pertenencia y legitimaciones políticas. Asimismo, son aportes que no se centran en el proceso de transmisión de la memoria, sino en la resignificación y uso que pueden hacer del pasado generaciones posteriores.

De este modo, con la revisión de las tres categorías buscamos enfatizar que analizar cómo las colectividades, particularmente las y los estudiantes, activan y resignifican memorias no vividas permite rastrear procesos de identificación, construcción de genealogías políticas y sentidos de pertenencia que trascienden el momento de la movilización. En otras palabras, el estudio de la memoria en estos contextos ofrece herramientas conceptuales para pensar los usos simbólicos y políticos del pasado, así como la construcción de subjetividades políticas en el presente.

Si bien los planteamientos desarrollados en este artículo tienen un carácter exploratorio, abren la puerta a una discusión necesaria sobre las formas de nombrar y analizar estos procesos.<sup>18</sup> ¿Cómo estudiar las memorias que no remiten a vivencias directas ni se inscriben en marcos familiares o traumáticos? ¿Cómo evitar los extremos de una racionalización excesiva, que diluye la complejidad de la memoria, y de una romantización que impide problematizar su construcción social? Estas preguntas exigen repensar las herramientas conceptuales del campo de estudios sobre memoria social, para dar cuenta de fenómenos frecuentes, especialmente en las movilizaciones estudiantiles o protagonizadas por estudiantes.

Consideramos que las distintas propuestas revisadas permiten relacionar las formas de vinculación con el pasado y los usos de la memoria en las movilizaciones estudiantiles, lo cual abre dos rutas: por un lado, posibilita historizar los procesos de memoria; por otro, permite adentrarnos en las formas en que las y los actores sociales se conciben. En este sentido, se vuelve relevante problematizar qué *hacen* las personas con las memorias que *reciben*. Es decir, más allá de enfocarnos únicamente en los procesos de transmisión, interesa analizar cómo los sujetos activan, resignifican, disputan o reconfiguran esas memorias en función de sus contextos, necesidades políticas y horizontes de expectativas. De este modo, la revisión planteada no solo contribuye a ampliar el campo de los estudios sobre memoria social, sino que también aporta herramientas para comprender las llamadas “memorias de memorias” o memorias no vividas como elementos clave en la construcción de identidades, genealogías de lucha y subjetividades políticas en el presente.

## Referencias bibliográficas

Cejudo Ramos, D. (2019). Para analizar los movimientos estudiantiles. *Conjeturas Sociológicas*, 7(20), 134-153.

Colacrai, P. (2010). Relyendo a Maurice Halbwachs. Una revisión del concepto de memoria colectiva. *La Trama de la Comunicación*, (14), 63-73.

Franco, M. & Levín, F. (2007). El pasado cercano en clave historiográfica. En Franco, M. y Levín, F. (Comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (pp. 31-65). Buenos Aires: Paidós.

García, A. (2017). *Memoria prestada. La represión y los movimientos estudiantiles en dos casos de estudio: México (1968) y España (1960-1977)*(tesis de doctorado). Universidad de Kansas, Lawrence, Estados Unidos.

Gensburger, S. (2008). Lugares materiales, memoria y espacio social. *Anthropos. Huellas del conocimiento*, 21-35.

Guardia, I. (2024). El quehacer de las imágenes: el trauma y la memoria prestada en el cine documental. *IC. Revista Científica de Información y Co-*

<sup>18</sup> Asimismo, una línea de investigación pendiente es la exploración del papel que ocupan las redes sociodigitales, los archivos digitales y las imágenes virales en la construcción de memorias no vividas en las movilizaciones estudiantiles contemporáneas.

municación, (21), 213-234.

Iglesias, M. (2020). Notas para una conceptualización de la “memoria afirmativa” de los movimientos sociales. En X. Faúndez, F. Hatibovic y J. Villanueva (Eds.), *Aproximaciones teóricas y conceptuales en estudios sobre cultura política, memoria y derechos humanos* (pp. 103-130). Valparaíso: Universidad de Valparaíso.

Iglesias, M. (2023). “Crecimos en un suelo fértil”. Memoria afirmativa y acción de las pobladoras en Santiago de Chile. *Revista Izquierdas*, 52, 1-25.

Jelin, E. (2018a). *Las luchas por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jelin, E. (2018b). Memoria. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 271-275). Barcelona: Gedisa.

Jelin, E. (2021). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: FCE.

Kuri, E. (2018). Sentido, prácticas sociales y conflicto: la construcción social y política de la memoria. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 9 (25), 17-43.

Oviedo, A. (2009). Apuntes para el debate. Memoria colectiva y movimientos sociales. En A. Jiménez y F. Guerra (Coords.), *Las luchas por la memoria*. (pp. 77- 89). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas/ Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano.

Quílez, L. (2014). Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional. *Historiografías*, 8, 57-75.

Rabotnikof Maskivker, N. D. (2013). Herencias intangibles. En M. I. Mudrovic y N. Rabotnikof Maskivker, *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria* (pp. 182-210). México: Siglo XXI/UNAM.

Retamozo, M. (2010). Movimientos sociales. Un mapa de la cuestión. En E. Villareal Cantú y V. Martínez González (Coords), *(Pre)textos para el análisis político. Disciplinas, reglas y procesos*. Buenos Aires: FLACSO.

Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.

Santamaría, S. (2018a). Memoria cultural. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 283-284). Barcelona: Gedisa.

Santamaría, S. (2018b). Posmemoria. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 394-395). Barcelona: Gedisa.

Santiago, T. (2021). Conflicto y violencia en el México posrevolucionario: de Tlatelolco a Ayotzinapa. *Co-herencia*, 18 (34), 267-287.

Sarlo, B. (2013). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y tiempo subjetivo, una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Seydel, U. (2014). La constitución de la memoria cultural. *Acta Poética*, 35(2), 187-214.

Vázquez, F. (2018). Memoria social. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 303-305). Barcelona: Gedisa.

Villa Gómez, J. D., Avendaño, M. y Agudelo, M. C. (2018). La memoria como objeto de estudio en las ciencias sociales. *ECA. Estudios Centroamericanos*, 73(754), 301-326.

Violí, P. (2020). Los engaños de la posmemoria. *Tópicos del Seminario*, 44, 12-28.